

# “ANÓNIMO”

*-Torreño-*

**“Para la mayor parte de la Historia, Anónimo era una mujer”**

**Virginia Woolf**

\*

Es una injusticia que tengamos que leer entre líneas para saber que determinadas obras literarias, firmadas con siglas o abiertamente con nombres masculinos, no fueron sino escritas por mujeres que tuvieron que ocultar su verdadera identidad para que sus escritos vieses la luz. Hablamos de un tiempo no muy lejano en el que a las féminas se las consideraba incapaces de superar la capacidad intelectual que se le suponía a los hombres; de una época en la que su capacidad creativa de las mujeres quedaba relegada a un segundo plano o, directamente, no era tenida en cuenta; de una etapa de la historia en la que los editores no apostaban por la presencia femenina en sus catálogos editoriales por el temor que les embargaba de que nadie comprase los libros escritos por ellas...

**Leipzig, Reino de Sajonia, 12 de enero de 1819.**

Una mortaja nívea cubre los tejados de los edificios que se vislumbran a través de la ventana, desdibujados por el sutil velo de vaho que empaña los cristales. La leña arde en el hogar de la pequeña chimenea de la habitación. Los escalofríos avasallan el cuerpo de Benedikte. La mujer yace inconsciente

en la cama que, apenas pasen unas horas, habrá de convertirse en su lecho de muerte. Quienes la velan temen que esté cercano un fatal desenlace.

La moribunda tiene su tez alabastrina cubierta por un rocío de sudor. Como por ensalmo, comienza a mover su mano sobre el embozo de la ropa de cama, como si estuviese escribiendo sobre un pergamino. Su semblante se llena de serenidad; escribir siempre la relajó, desde su más tierna infancia. Abre los ojos, enfermos desde hace años, hasta el punto de que la última novela de la escritora alemana fue dictada por ella. Se le ilumina su glauca mirada. Porque cree ver a los pies de su cama a su padre, el profesor y tratadista de medicina Johann Ernst, fallecido cuando ella apenas contaba con cinco años de edad. Ella sabe que no ha venido para atenderla, sino para acompañarla en tan delicado trance. Cree agarrarse a su cálida mano, con fuerza y ternura. Se siente segura. Ya no le azora miedo alguno por lo que haya de suceder. Igualmente, está convencida de estar vislumbrando a su añorada madre, que tanto cariño derrochó en ella. Pero es cuando cree ver a su hermanastro que sus labios, ajados por la enfermedad, esbozan una sonrisa que alumbra su rostro, llenándolo de paz y felicidad. A él le debe que pudiese ver cumplido el mayor sueño de su vida. Porque lejos de educarla para que desempeñase las labores que se le encomendaban en aquella época a las mujeres, él, que era profesor de teología, se ocupó con ahínco y personalmente de que su hermana recibiese una esmerada educación en filosofía, historia, latín y griego, así como enseñanzas musicales, llegando ella a tocar el arpa y el piano, conocimientos que le sirvieron para convertirse en la escritora que llegó a ser, autora prolífica cuyas obras, no obstante, fueron publicadas casi en su totalidad de forma anónima a través de la agencia de su

hermanastro. Sin embargo, a la que llegó a ser considerada como precursora de los cuentos de hadas (fue admirada por los hermanos Grimm) y de la novela histórica de la ilustración, se le tuerce el gesto al recordar cómo de forma inesperada, y contra de su deseo, quedó desvelada su verdadera identidad en un artículo publicado en el periódico *Zeitung für die elegant Welt*, hecho que le provocó un enorme disgusto.

Vuelve a caer la escritora en un profundo aturdimiento. Su respiración se vuelve agitada, como si tuviese piedras en el pecho. Comienza a pronunciar palabras ininteligibles, que no son sino pasajes de Rosalba, la primera novela que editó con su nombre, Benedikte Naubert. Le parece ver que sobre su cabeza sobrevuelan las hadas que protagonizaron sus numerosos cuentos. Hace el intento de acariciarlas con la punta de sus dedos. Su mano cae a plomo sobre un lado de la cama. Resuella...